

Artículo sobre escritores-periodistas de Marina Arias

Muchas veces denostados por los sectores que distribuyen el capital simbólico en el campo literario, los escritores-periodistas son seres históricos que han tramado vitalmente el “oficio terrestre” del periodismo con la creación de territorios literarios ficcionales.

En repetidas ocasiones, escritores-periodistas han sido clasificados como llanos, deterministas, “populares” (considerando esta característica como algo negativo, cosa con la que esta cátedra está terminantemente en desacuerdo) y en la medida de lo posible han sido dejados al margen del canon de la literatura, en una operación ideológica tramada con una supuesta falta de interés artístico y disfrazada de “objetividad académica”. El ejemplo apoteótico de esto es una mesa en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en los años ochentas en la que Beatriz Sarlo se negó a sentarse junto a Osvaldo Soriano, quien no sólo se había formado en redacciones periodísticas sino que en ese momento era best seller. Y sobre todas las cosas: era un escritor claro y sencillo. En ese sentido, el campo literario en el que suelen distribuir el capital quienes provienen de carreras de Letras, es un campo fuertemente dominado por la crítica literaria quien desde siempre funciona como si fuera el kafkiano guardián de Ante la ley (y por eso está en nosotros, los escritores y formadores de escritores-periodistas dejar de pedir permiso y derribar esa puerta que nunca se nos será abierta de buen grado).

“La literatura debe ser crítica” parece ser la máxima que traza en un supuesto decálogo de la buena escritura. Y no estamos diciendo que ese tipo de escrituras (para iniciados, con fuertes influencias metaliterarias y guiños para entendidos deban ser excluidas). Simplemente, estamos pidiendo que se permita que los lectores accedan sin prejuicios ni snobismos a la obra de periodistas-escritores, quienes quizás por venir de un campo de la comunicación han salido del problema de la inteligibilidad: ¿o acaso entender no es una de las posibles maneras de disfrutar de una ficción? (y no sostenemos que sea la única: hay ficciones que nos dejan boquiabiertos, con la sospecha de no haber entendido el texto acabadamente pero la certeza de haber vivido una experiencia epifánica -y tomo aquí como ejemplo, la narrativa de Carlos Ríos, y arriesgo otra hipótesis: dentro del campo literario, ¿no habrá otro subgrupo de escritores con sus características particulares, los “escritores-poetas” capaces de condensar sentidos y volcarlos en escritura que resulta casi sensorial?).

Volviendo a lo que aquí nos convoca, la figura del escritor-periodista, creemos que es necesario ponerla en valor no sólo porque son una intersección entre el recorrido académico de nuestros estudiantes y la vocación de escribir ficción, sino porque sospechamos que en su marginalización dentro del campo literario hay también una operatoria ideológica: los escritores periodistas (Walsh, Briante, Soriano, Galeano, el mismo Hemingway en estos últimos años) en mucha de su ficción han tematizado explícitamente cuestiones que hacen al conflicto social y las dinámicas del poder. Desvalorizar a los periodistas-escritores como “escritores”, ¿no sería entonces una manera de

decir “hablar del conflicto argentino no es hacer verdadera literatura, es escribir panfletos”?

Tomemos el caso de Arlt para pensar esta cuestión desde otro ángulo.

Arlt es denostado por sus contemporáneos (no por el público, ya que era un sumamente leído y seguido, sino por su entorno literario contemporáneo). ¿Y qué se trama en la ficción de Arlt? La crueldad y el desamparo reinantes en las ciudades colapsadas durante los años veintes y treintas de nuestro país (siempre con una cuota de nihilismo, y una innegable simpatía por el anarquismo). En ese momento, su obra constituye una suerte de puesta en evidencia de las injusticias sociales y un agite de fantasías anárquicas que resultan bastante alarmantes. Pero apenas muerto Arlt, el peronismo rebalsará todas las estructuras sociales y culturales que hasta entonces ordenaban los sentidos de nuestro país: será entonces que el campo literario acoja a Arlt y lo reivindique. ¿Por qué? Porque ya no constituía una puesta en evidencia del conflicto social reinante: ahora el problema empieza a ser el peronismo, la organización de las clases populares en pos de la justicia social y el bienestar. Y Arlt casi que nos lleva a pensar: “no, eso no es posible, la vida es puerca” (título que originariamente quería ponerle a *El juguete rabioso*). ¿No será por eso que a la postre es incluido en el canon y puesto en valor simbólicamente?

De modo tal, que en resumen, queremos construir esta figura de escritor-periodista como:

-Escritores formados en el campo del periodismo.

-Que han desacralizado la actividad de la escritura (es un oficio terrestre, se escribe para ganarse el pan, no hay tiempo para esperar a la inspiración, ni para encontrar la forma más perfecta posible -por otra parte, algo completamente utópico y paralizante).

-Que tienen saldada la cuestión de la inteligibilidad de la escritura (saben que hay que ser claros y simples para conservar al lector hasta el final del texto).

-Que tematizan explícitamente en sus ficciones cuestiones vinculadas a la historia, el conflicto social, la tragedia de nuestro país, la tensión y la consecuencia de los dos modelos económicos en pugna desde 1810.

No se trata de denostar a otros tipos de escritores, sino de sostener que estos son los que nos interesan a nosotros porque sus ficciones nos resultan fuertemente significativas, y de batallar para que tengan su merecido lugar en el campo literario.